

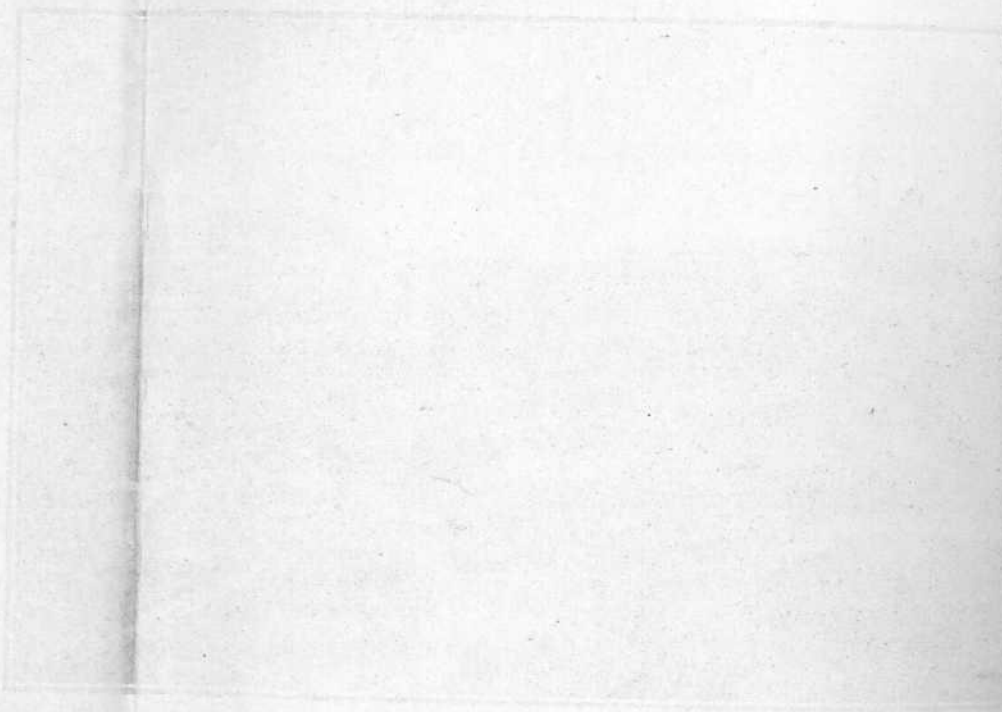
SAN JUAN DE LA CRUZ EN SEGOVIA



G-F 1268

Vista general del convento y santuario en primer plano.
Al fondo la ciudad con su Catedral y Alcázar.

SAN JUAN DE LA CRUZ IN SCOTLAND



THE UNIVERSITY OF SCOTLAND
EDINBURGH
1954

SAN JUAN DE LA CRUZ EN SEGOVIA

POR EL

R. P. PRIOR DEL SANTUARIO DE SAN JUAN DE LA CRUZ



DEP. LEGAL SG. N.º 88 - 1959 - 2.000 EJS.



*«Buscad leyendo y hallaréis meditando;
llamad orando y abriros han contem-
plando».*

(79 punto de amor de S. Juan de la C.

*A la memoria de la piadosísima señora
D.^a Catalina de Urquijo y de Vitórica († 23
de mayo de 1956) y en gratitud a su cristia-
nísimo esposo D. José Luis de Oriol.*

SAN JUAN DE LA CRUZ EN SEGOVIA

POR EL

R. P. PRIOR DEL SANTUARIO DE SAN JUAN DE LA CRUZ



SEGOVIA
IMPRESA COMERCIAL
1959

R. 36104

Tit. 34227

CB 1038475

NIHIL OBSTAT:

Fr. Fabián de San José, O. C. D.
Fr. Esteban de San José, O. C. D.

IMPRIMI POTES:

Fr. Pedro Tomás de la S. Familia, O. C. D.
Prov. de Castilla

NIHIL OBSTAT:

Dr. Tirso Rodao Arribas

IMPRIMI POTES:

† DANIEL, Obispo de Segovia
6 de Mayo 1959

Por mandato de S. E. Rvdma.

Dr. Eustasio del Barrio, Canc-Secr.

Memorial biográfico de San Juan de la Cruz

- Nacimiento: 1542 en Fontiveros (Avila).
Ingreso en el Carmelo: 1563 en Medina del Campo.
Estudios eclesiásticos: 1564-1568 en Salamanca.
Ordenación sacerdotal: Salamanca 1567.
Comienzo de la Reforma en Duruelo: 28 Noviembre 1568.
Maestro de Novicios en Duruelo, Mancera, Pastrana: 1568-71
Rector de los Carmelitas en Alcalá: 1571-1572.
Confesor en la Encarnación de Avila: 1572-1577.
Prisión en Avila-Toledo: 1577-1578.
Prior del desierto del Calvario: 1578-1579.
Fundador y Rector en Baeza: 1579-1582.
Prior en los Mártires de Granada: 1582-1585.
Vicario Provincial de Andalucía: 1585-1587.
Prior (3.^a vez) de Granada: 1587-1588.
Consiliario General y Prior en Segovia: 1588-1591.
Muerte: 14 Diciembre 1591 en Ubeda (Jaén),
Traslación del santo cuerpo a Segovia: 1593.
Beatificación por Clemente X: 25 Enero 1675.
Canonización por Benedicto XIII: 27 Diciembre 1726.
Doctor de la Iglesia por Pío XI: 24 Agosto 1926.
Sepulcro actual de Granda: 11 Octubre 1927.
Patrono de los poetas españoles: 21 Marzo 1952.

Al lector:

Fue el 19 de marzo de 1574 cuando San Juan de la Cruz pisó por primera vez la tierra segoviana que tan unida había de ir a su nombre y a la que tanto había de enaltecer.

Aquel día de San José inauguró Santa Teresa una de sus fundaciones en la vieja ciudad castellana. Con ella, con Julián de Avila y las monjas fundadoras, había llegado el Santo desde Avila donde ejercía el oficio de capellán y confesor de las monjas de la Encarnación, de las que era priora Santa Teresa. El provisor sorprende poco después de la misa inaugural a los fundadores del diminuto monasterio y amenaza a Fray Juan de la Cruz con llevarle a la cárcel, comenzando a dismantelar la improvisada capilla, pero la Madre fundadora vence toda dificultad y saca adelante la fundación.

El Santo retorna a Avila unos días más tarde, y trascurrirán trece años hasta que vuelva a Segovia en abril de 1587 de paso para Valladolid. Una gran tormenta les había maltrecho en el Guadarrama y tiene que detenerse con sus compañeros en la ciudad, para descansar dos o tres días en el convento que por su iniciativa se acababa de fundar.

Al año siguiente es cuando el Místico Doctor se halla definitivamente en Segovia para realizar allí su obra admirable de gobierno y apostolado. Un convento abandonado e insano será testigo de sus virtudes y actividades. Levantado, según tradición, por el mismo San Juan de Mata, fundador de los Trinitarios, en 1207, éstos lo desalojaron en 1566 por húmedo y malsano, ocupándolo en 1579 los Franciscanos Descalzos que hubieron de abandonarlo al año siguiente por la misma causa. Por fin lo compran los Carmelitas en 1585, pagando a los Trinitarios cuatrocientos ducados. En él habitará San Juan de la Cruz durante los tres años que reside en Segovia (1588-91) mientras comienza y dirige las obras del convento actual.

A los primitivos Carmelitas Descalzos, heroicos en austeridad y sacrificio, no les arredraban las incomodidades de un convento mal acondicionado. Menos le acobardaban al Doctor Místico, enamorado de la cruz y de la soledad, en que tanto se abismaría en Segovia.

La soledad y panorama que envuelve a este convento fue marco adecuado para el espíritu del Santo, que aquí gustaría plenamente las maravillas de la creación, tan inspiradamente por él cantada. Entre las peñas de la huerta conventual percibía el rastro del Creador y se elevaba extático hacia el trono de su Hacedor.

La idea de la cruz, siempre fibra delicadísima del Santo, se revela durante su estancia en Segovia como



una obsesión que absorbe su alma durante estos últimos años de su vida a semejanza del Divino Maestro. Por eso puso a la veneración en la iglesia la pintura devota de Cristo con la cruz a cuestas, cuya voz divina oye un día y ante la cual le pide: «padecer y ser despreciado»; y otro día se enternece ante la vista de un lienzo que representa a Jesús caído bajo el peso de la cruz y se abraza a una gran cruz que hay en el claustro.

Este hombre «celestial y divino», en expresión de Santa Teresa, es el que vivió en Segovia durante los tres años últimos de su existencia, ya consumado en el amor, como nos lo describen las siguientes páginas. En éstas seguimos en gran parte el texto del último biógrafo del Santo en el capítulo dedicado a su residencia en Segovia, aunque con algunas rectificaciones y muchos datos nuevos.

Fr. Matías del N. Jesús
O. C. D.

Batuecas, 15 de abril de 1959.



Retrato de S. Juan de la Cruz que se conserva en este convento. Reproducción exacta. Se ha publicado siempre con retoques, disminuyendo así su autenticidad.

Fué pintado por encargo del General de la Orden Fr. Juan del Espíritu Santo cuando aún vivían muchos de los que conocieron al Santo. Este Padre General tuvo particular interés en precisar la genealogía y fisonomía sanjuanista, y por eso también encargó una escultura del mismo a Gregorio Hernández que la hizo en 1630, adelantándose a su beatificación por aprovechar, dice la crónica conventual de aquel tiempo, el vivir aún en Valladolid tan famoso escultor.

Por esto se considera a este retrato como uno de los más auténticos. Refleja la dulce mirada y apacible fisonomía que atestiguan sus biógrafos.



Imagen de Jesús con la Cruz, pintada sobre cuero,
que habló a San Juan de la Cruz, como se refiere
en la pág. 33

SAN JUAN DE LA CRUZ EN SEGOVIA

Fue San Juan de la Cruz, desde Andalucía, el iniciador de la fundación de Carmelitas Descalzos en Segovia. Su ilustre y santa penitente de Granada, doña Ana de Peñalosa, le había consultado un asunto, pendiente aún, de la testamentaría de su marido, don Juan de Guevara, que debía distribuirse en Segovia, su ciudad natal. Fray Juan le aconseja que haga un convento de Descalzos, y la ilustre dama, una de las personas que mejor conocen la virtud del primer Descalzo, no titubea.

Obtenida la licencia del Vicario General, padre Nicolás Doria, éste encarga el asunto al padre Gregorio Nacianceno, provincial de Castilla, que inmediatamente empieza las gestiones. Se traslada para ello a Segovia con su secretario, fray Pedro de San José, y con el padre Gaspar de San Pedro. Tras buscar inútilmente emplazamiento a propósito en la ciudad, hospedados mientras tanto cariñosamente en casa del arcediano don Juan de Orozco, deciden la compra del abandonado y deteriorado convento de los Trinitarios, fundado en 1207, cuyo importe costea doña Ana de Peñalosa a condición de que siempre haya en él por lo menos doce estudiantes de la Orden.

Está fuera de Segovia, algo retirado de las murallas, a la otra parte del río Eresma, que corre al norte de la ciudad.

Próximo a las peñas de la Fuencisla y al pie de la ochavada iglesia templaria de la Vera Cruz, de frente por frente del alcázar, aunque mirando en dirección contraria opuesta: el alcázar hacia levante y el convento a poniente. Es un edificio pequeño, con iglesia resquebrajada... Emplazado al pie de una ladera, recibe la humedad tanto de las filtraciones del cerro como de las aguas del río, que pasa muy cerca. Pero se acondiciona a fuerza de gastos, y el 3 de mayo de 1586, al año justo de iniciadas las gestiones, se establece la comunidad carmelitana.

Consta ésta de ocho religiosos y queda por superior el P. Gaspar de San Pedro, gran predicador, y por maestro de novicios el P. Pedro de San José, que había venido a la fundación acompañando al P. Provincial. El 25 de septiembre de este mismo año de 1586 se eleva la residencia a priorato y es elegido prior el que hacía de vicario, fray Gaspar de San Pedro.

En junio de 1588 se reúne en Madrid el Capítulo General de la Reforma Teresiana para implantar el nuevo gobierno de la Consulta, que después sería imitado por todos los institutos religiosos. A él asiste fray Juan de la Cruz como prior de Granada, y se le nombra primer definidor del Capítulo. Se procede a las elecciones y el Santo sale elegido tercer consiliario del Vicario General fray Nicolás de Jesús María Doria. La Consulta fija su residencia en Madrid, pero en agosto inmediato se traslada a Segovia, donde queda constituida la primera casa generalicia del Carmen Descalzo, de la que será prelado el mismo Vicario General.

Aquí llega fray Juan en su calidad de miembro del nuevo régimen. Como el Vicario General estaba casi siempre ausente en visita a los conventos, el Santo quedaba de Presidente de la Consulta, cargo que le correspondía como definidor primero de la congregación, y al mismo tiempo hacía de Prior del convento segoviano por nombramiento del P. Doria, al que correspondía de derecho. Cuando se hallaba presente el P. Doria a las sesiones de la Consulta, el Santo sólo intervenía como tercer consejero de la misma.

Tiene, pues, el Santo que gobernar una comunidad compuesta de los sujetos más graves y primeras dignidades de la Reforma: V. P. Antonio de Jesús, primer consiliario, compañero suyo en la fundación de los primeros conventos de Duruelo y Mancera y primer prelado de la Descalcez, que después asistirá a su muerte como Provincial de Andalucía; Luis de San Jerónimo, cuarto consiliario, súbdito anterior del Santo en el Calvario y Granada; Juan Bautista, quinto consiliario, sujeto de vida santa y austerísima que acaba de ser definidor y Vicario Provincial de Castilla la Nueva; Gregorio de San Angelo, sexto consiliario y secretario de la Consulta, con quien el Santo se confesaba aquí y que había sido súbdito suyo en Granada; entre los conventuales figuran entre otros Nicolás de San Cirilo, que fué durante el primer año subprior del convento; sus fervientes admiradores e íntimos confidentes Juan Evangelista y Juan de Santa Ana, con quienes había convivido en otros conventos; además Pablo de Santa María, Blas de San Gregorio, Gabriel de San Juan, Antonio del Espíritu Santo, Gregorio de la Madre de Dios, Pedro de San Jerónimo, Luis de San

Juan, y los hermanos Bernabé de Jesús, Lucas de San José (portugués), Alonso de Jesús, Juan de la Cruz, etc., que trabajaron como canteros y carpinteros y otros oficios en la construcción del nuevo convento e iglesia. Muchos de éstos dejaron relaciones preciosas sobre la vida y virtud de su santo Prior.

El antiguo convento de Trinitarios resulta pequeño y el P. Doria propone a los consiliarios la ampliación de la casa, y determinan ponerlo por obra. El nuevo Prior se hace cargo de ello, y se decide, contando con la ayuda económica de doña Ana, a trocar el emplazamiento, tan húmedo y malsano, en que está el edificio, por otro más seco, unos metros más arriba, hacia la mitad del cerrillo, aunque con la misma orientación.

Las obras comienzan rápidamente. En ellas, mezclados con los oficiales y peones, que bajan de la ciudad o se quedan, por ahorrar jornales, a comer y cenar en el convento viejo, trabajan también algunos religiosos. Las relaciones manuscritas del archivo del convento hablan hasta de siete hermanos donados y legos, cuyos trabajos, por sus anteriores conocimientos y práctica de menestralía y por su laboriosidad, rinde más que el de muchos oficiales juntos.

Entre todos se mueve el padre Juan de la Cruz. No importa que sea el Prior. Con los pies descalzos y la cabeza descubierta, a veces entre nieves y granizos, tan frecuentes en el crudo invierno segoviano, va, cerro arriba, a la cantera de donde se saca la piedra para las obras, y dirige como sobrestante a los peones. Sube temprano y en ayunas, apenas dicha la misa, y no baja al convento hasta mediodía.

Fray Pablo de Santa María, que lo ve, dice, admirado de su resistencia, que parece un roble. Se pasa allí horas interminables trabajando y animando. Otras veces se va a donde trabajan los hermanos donados y se sienta cerca de ellos hablándoles de Dios. El padre Juan Evangelista, su compañero en Andalucía que le ha seguido a Segovia, le dice: «¡Válgame Dios, Padre nuestro, qué amigo está vuestra reverencia de estarse entre cal y piedras!». «Hijo, replica fray Juan, no se espante, que cuando trato con ellas tengo menos en qué tropezar que cuando trato con los hombres».

No puede disimular la ilusión con que ve cómo se va levantando la obra, de la que testifican las relaciones, que andaba «el Santo echándole su bendición, y con deseos de que creciese y se acabase, pronosticando lo que aquí se había Dios de servir», y «alegrándose mucho de ver crecer un tal edificio, que había de ser seminario de virtudes y letras».

Los obreros reciben del P. Prior cuidados y atenciones, a veces milagrosos. Pedro es un peón que lleva trabajando en la cantera desde que empezaron las obras. Un día, sacando un banzo de piedra, se coge con él dos dedos de la mano y le aplasta los huesos. Se los ha dejado hechos una pasta, al decir del hermano Luis, que está presente. En ese momento llega el P. Juan de la Cruz y pregunta qué pasa. Pedro le enseña los dedos aplastados. El Santo se los toma entre sus manos, se los estira y quedan totalmente sanos. El peón puede continuar su trabajo, sin perder ni una hora de jornal.

Mientras se labra el convento, a los seis meses de haber tomado posesión de su cargo de Prior, adquiere nuevos

terrenos para agrandar y redondear la huerta. La compra se hace al Cabildo por veinticuatro reales para la mesa capitular, y en caso de que los Padres abandonen el sitio les serán devueltos los veinticuatro reales, tornando el sitio a posesión del Cabildo. Intervienen, por parte y en nombre de éste, don Juan de Orozco y Covarrubias y don Antonio de Múgica. Firmado el 21 de enero de 1589, no se toma posesión de ellos hasta el día 4 de junio, en que el teniente corregidor de la ciudad toma de la mano a fray Juan y le mete en las peñas y terrezuelas compradas para que tome posesión. Fray Juan las recorre en señal de dominio, tira piedras de una parte a otra, arranca hierbas y hace otros actos que indican posesión y derecho.

Para los gastos de las obras y compra de terrenos ayudan las Descalzas prestando con frecuencia sumas de dinero y el mismo P. Vicario General entrega una vez en deuda veintiseis mil novecientos setenta y dos maravedís que son del convento de Santa Ana de Génova.

Los terrenos comprados están a la parte norte de la huerta y comprenden las peñas grajeras: montecillo rocoso, de piedra arenosa y levemente calcárea arriba, cortada perpendicularmente en su parte meridional, formando un despeñadero con enormes hendiduras inaccesibles. En ellas anidan y se guarecen bandadas de grajos, que graznan y revolotean incesantemente. Abajo, fuera de la cerca, está la ermita de Nuestra Señora de la Fuencisla con su tradición e historia de milagros y de su origen apostólico, tan venerada en toda la tierra segoviana.

Tiene la cumbre del nuevo cerro comprado vistas es-

pléndidas. Abajo, en un descenso rápido, a unos trescientos metros, la fábrica conventual, toda de piedra; en seguida, al otro lado de San Marcos, la confluencia de los pequeños ríos Eresma y Clamores, que bajan de la sierra; el Alcázar, empinado y orgulloso, sobre la roca viva que surge de las aguas, como un barco con la proa a poniente, hacia las Indias occidentales; a su izquierda, la ciudad: torres, arcos de piedra, murallas... Y al fondo, los montes de Valsaín, perpetuamente verdeantes de pinares, y las últimas estribaciones de Somosierra nevadas gran parte del año.

Hacia la mitad de la roca hay una cuevecilla natural, baja y estrecha, abierta en la piedra viva. Está rodeada de escoberas, cantuesos y zarzales. Aquí gusta de subir fray Juan de la Cruz a tener oración. Tiene vistas magníficas y hay ambiente de quietud y de silencio. La atmósfera es luminosa; los horizontes, infinitos. Fray Juan no se cansa de estar aquí. Apenas se desentiende de los actos de comunidad y de sus oficios u ocupaciones, sube a la peña y se esconde en la cuevecilla roqueña. Allí llega a buscarle un padre o hermano lego cuando se requiere la presencia del padre Prior para algún asunto. «Déjeme, por amor de Dios, replica fray Juan, que no estoy para tratar con gentes». Y cuando baja advierten que está tan absorto en las cosas divinas, que apenas puede atender a lo que le dicen. Otras veces, en lugar de subirse a la peña, se mete en una ermitica que existe oculta entre el arbolado.

Por las noches Juan Evangelista le sorprende absorto, con los brazos en cruz, haciendo oración debajo de los árboles. Tan absorto está que no advierte la presencia de su se-

cretario, por más que éste hace para distraerle. Otras veces en esas plácidas noches de estío segoviano, en que aún hoy percibimos el rumor de las aguas del Eresma, que pasa tan próximo, y el canto de los ruiseñores en la alameda de la Fuencisla, fray Juan hace oración recostado en la ventana de su celda, una ventanilla que da al campo y al cielo, cielo profundo, chispeante de luceros. Así le encuentra muchas veces el mismo padre Juan Evangelista. En vano le tira del hábito para hacerle volver en sí, sacándole de su embeleso. Fray Juan continúa inmóvil y su secretario se queda al pie en espera de que se pase aquel arrobamiento, que a veces dura hasta la madrugada. Cuando el Santo se recobra y ve al padre Evangelista a su lado, le dice extrañado: «Qué hace aquí» o «A qué ha venido». El efecto de la oración le dura todo el día. El hermano Bernabé de Jesús observa en una ocasión que el padre Prior, mientras pasea por el claustro hablando con un seglar, se da en la pared con los nudillos de las manos para poder atender a lo que tratan. Tanto y tantas veces se golpea, que tiene los artejos descalabrados.

Quando está en el convento «gasta largas horas de oración ante el Santísimo Sacramento, de donde salía hecho un fuego de amor de Dios, y lo mismo hacía cuando decía misa, la cual decía con gran devoción; y este testigo—dice el Hn^o Bernabé— le ayudaba casi siempre a misa en los tres años que vivió en Segovia».

No es, sin embargo, la suya una vida de abstracción. Tiene diversas y numerosas ocupaciones. Atiende constantemente a la construcción del nuevo edificio, del que «levantó y dejó acabados en su tiempo dos cuartos (pabellones)

del, y grande parte de la iglesia y de la demás obra». Adquiere muchos objetos y ropas para el culto divino y servicio de la sacristía, según consta de un largo inventario de su priorato. Aparte de ésto, tiene que ocuparse de los problemas de la Consulta, que en estos primeros tiempos de su instauración son muchos, urgentes y complicados. Ausente largas temporadas el padre Doria, queda fray Juan de presidente de la Consulta, hace nombramientos, señala conven-tualidades, resuelve dificultades.

Los consiliarios, además de la organización del nuevo gobierno, tienen varias tareas entre manos: la confección del ceremonial, el rezo del Oficio propio de la Orden, cuya cartilla se prepara, la redacción y examen de la instrucción de novicios y la edición de las obras de Santa Teresa. Dos cartas o instrucciones dirige la Consulta a todos los conventos: una «acerca del beneficio de la vocación», la otra «sobre lo que es el gobierno de la Consulta», en las cuales no se halla rastro de los escritos del Doctor Místico, a pesar de su sólido contenido doctrinal.

A la vez que interviene en las deliberaciones de la Consulta, el padre Juan gobierna, como Prior, su convento de Segovia. Ha escogido una celda pobre, tan reducida que apenas cabe en ella. Está junto al coro. Tiene por adorno una cruz de palo y una estampa. Su ajuar es una pequeña tarima por cama y una tabla sujeta a la pared, con un gozne para plegarla, que le sirve de mesa. No tiene librería. Sólo hay un ejemplar de la Biblia, porque cuando necesita algún libro, lo toma de la biblioteca, y una vez hecho uso de él, lo vuelve de nuevo a ella.

Sobre la puerta, en la parte exterior, hay un madero saliente. El hermano Bernabé advierte que sobre el madero se posa muchas veces un hermoso palomo, que ni arrulla, ni baja a comer con los demás que él cuida, ni va nunca con ellos. Fray Bernabé se lo dice al padre Juan Evangelista, al padre Pablo de Santa María y al hermano Lucas de San José, que van con él a verlo. El padre Evangelista asegura que también se ha visto el palomo en la celda que el padre Juan tenía en Granada. Cuando se lo dicen a él, responde: «Déjense de esto». Pero los frailes lo dan por cosa significativa y milagrosa.

Su gobierno es enérgico y paternal. No disimula los defectos de sus súbditos en punto a observancia, pero los corrige amorosamente. El segundo día de Pascua de Resurrección, ignoramos de qué año—fray Juan pasa en Segovia los de 1589 y 1590—, se celebra una fiesta solemne, a que han sido invitados doña Ana de Peñalosa y su hermano don Luis, con otras personas destacadas de la ciudad. Canta la misa el padre Juan y ha encargado el sermón a un padre del convento. Llegado el momento del sermón, van a avisar al predicador. Este, malhumorado, dice que no puede, y así se lo comunican al celebrante. Fray Juan continúa tranquilamente la misa y termina la fiesta. No hay en el P. Prior ni un gesto de disgusto. Ni siquiera dice una palabra de reprensión al predicador, que no sale de su asombro ante el silencio de su Prelado. Pero al poco tiempo se le ofrece ocasión de tratar con ciertos seglares que él quiere mucho, y pide permiso. Fray Juan, contra su costumbre, se lo niega. No necesita más el predicador: se da cuenta de que es la



respuesta a su actitud del día de Pascua, admira el tino del Santo, que ha esperado el momento oportuno para hacerle ver su mal proceder; reconoce su culpa y se lamenta de ella. No ha habido necesidad de palabras duras ni de gestos malhumorados.

Otro día se ve obligado el padre Prior, cumpliendo lo preceptuado en las constituciones, a dar por su mano una disciplina a un religioso por cierta falta cometida. No sabemos cómo se la dió, pero consta que al terminar le dice el culpable: «Espero, padre nuestro, ver en el cielo esa mano con que me ha dado esta disciplina».

No consiente que nadie hable mal de los demás. Los defiende a todos. En los recreos le gusta ir con los hermanos legos y con los jóvenes novicios o estudiantes, y les habla con tanta gracia de cosas espirituales que «a todos nos hacía reír y salíamos con sumo gusto». Cuando se arreglan los altares de la iglesia, baja a ayudar al sacristán, gozándose en el adorno de los mismos y estimulándole a ello. Es el que anima la celebración de las fiestas litúrgicas, sobre todo las de Navidad, holgándose de ver alegres y regocijados a sus frailes. Todo le parece poco para ellos. Por eso uno de éstos afirma que era «tan amado de sus súbditos como si fuera su padre de cada uno».

El padre Pablo de Santa María le ve despojarse de una túnica nueva que tiene, para dársela a uno de sus súbditos, y vestir él una vieja y desgastada en el rigor del crudo invierno segoviano. Cuando la situación económica es precaria, antes de que llegue a faltar lo necesario a los religiosos, manda suspender las obras del convento, anteponiendo al

templo de piedra los templos vivos, como con frase paulina llama a sus religiosos.

«Hacía a sus religiosos pláticas admirables en capítulo o refectorio, con que les animaba a ser perfectos; y acabados los actos de comunidad conferían para su aprovechamiento y se admiraban de su santidad y de cuán altamente sentía de las virtudes. Muchos de ellos después las escribían para su aprovechamiento y ejercicios espirituales».

Gracias extraordinarias acreditan su santidad y el método de su gobierno. Conoce el interior de sus súbditos y sus conversaciones ocultas. Entre otros casos refiere el H. Bernabé que un religioso le había estado persuadiendo a dejar la Orden y pasarse a la Cartuja, «donde serían unos santos». Poco después le llamó el Santo al hermano y le repitió la conversación que habían tenido, afirmándole que era gran tentación y engaño y que no hiciera caso, sino que huyera de aquel religioso, el cual tuvo mal fin.

Tenía especial virtud para deshacer las tormentas y así afirman las relaciones que cuando comenzaba alguna tempestad pedía el agua bendita y trazando una cruz hacia las nubes, mientras pronunciaba unas palabras, se serenaba el cielo, de tal forma que en los tres años que residió el Santo en Segovia no se oyó que en la comarca hubiese caído un rayo.

El padre Gregorio de San Angelo, súbdito suyo y compañero en la Consulta como consiliario y secretario de la misma, testifica la ejemplaridad de su vida y la pureza de su alma, que conoce perfectamente por haber sido confesor

ordinario del Santo y al mismo tiempo su penitente durante los tres años que vivieron juntos en Segovia.

Con los quehaceres del gobierno del convento alterna la dirección espiritual de los fieles. Acuden a consultarle las personalidades más destacadas de Segovia. Entre ellas el ya mencionado don Juan de Orozco y Covarrubias, arcediano de Cuéllar y canónigo de Segovia, el licenciado Diego Muñoz de Godoy, canónigo provisor, y el racionero de la catedral Alejo Monago Rodríguez. Don Juan de Orozco, una de las veces que baja a hablar con el padre Juan de la Cruz, le confía el secreto de su próxima elevación al episcopado y la ilusión que siente por la alta dignidad a que va a ser elevado. Sin embargo, fray Juan le disuade. Si acepta, le asegura que ha de llegar un día en que se arrepienta de ello, por lo mucho que habrá de sufrir. No sigue el arcediano el consejo de su director espiritual y acepta el obispado que le hace vivir agobiado de sinsabores.

Otro de los dirigidos del Prior de los Descalzos es el doctor Villegas, canónigo penitenciario; confesará a las Descalzas por espacio de más de veinte años. Es de los que más asiduamente bajan al Carmen a tratar con fray Juan de la Cruz. Tienen sus espirituales conversaciones en la huerta. Sentados en el suelo, se pasan platicando de Dios hasta cinco horas seguidas sin darse cuenta. El Santo le da a leer uno de sus libros manuscritos.

También nos encontramos aquí con doña Ana de Peñalosa. No sabemos cuándo ni por qué; pero se ha venido de Granada. Quizá ha sido por no separarse de su Maestro espiritual, entregada como está la noble señora totalmente

a una vida de perfección; quizá también por estar más cerca de aquella obra del convento, que ella costea. Lo cierto es que vive en una casita al lado del convento, frente a San Marcos, para estar más próxima a su Padre del alma. No era fácil que la piadosa viuda, después de seis años que llevaba en Granada bajo el sublime magisterio del padre Juan de la Cruz, se hiciese a otra dirección.

No va ella sola al convento del Carmen: le acompaña una sobrina suya, Inés de Mercado, muy virtuosa también, que comparte con ella las espirituales enseñanzas del padre fray Juan. Los frailes del convento, que saben el ambiente de sublime espiritualismo en que se desarrollan estas conversaciones de los tres, las comentan diciendo: «Ya están juntos San Jerónimo, Santa Paula y Eustoquio, hablando de Dios».

Pero no son sólo doña Ana y su sobrina las que son atendidas por el Santo, lo son hasta las criadas de la noble señora. El padre Prior va con frecuencia a su casa, pegada a las tapias de la huerta del convento, y allí habla a las señoras y a las criadas de cosas espirituales, de cómo han de llegar a ser santas, y les lee a veces libros piadosos o se los deja para que los lean ellas en su ausencia. Entre las criadas se encuentra Leonor de Vitoria, joven de quince años, que se confiesa también con fray Juan y nos refiere estos detalles.

Tiene el confesonario debajo de la escalera de la iglesia. Aquí viene, lo mismo que esos nobles dirigidos de fray Juan, una mujercita pobre. La madre María de la Encarnación, que la conocía, no nos ha revelado su nombre, pero nos dice que la atendía sin prisas ni escatimar tiempo; horas enteras

se pasa con ella, como si se tratase de una personalidad ilustre. De ese confesonario escondido debajo de la escalera ha visto Miguel de Angulo, vecino de Segovia, salir vivos resplandores. Le han dado en el rostro al abrir la puerta de la iglesia, y lo ha comprobado por tres veces. Ya un día se decide a preguntarle, en el momento de la confesión, qué luces son aquéllas. «Calle, bobo; no diga nada», replica fray Juan, cortando la conversación.

Pero no es sólo Miguel de Angulo el que ha observado este fenómeno; lo ha notado también Angela de Alemán, que ha visto resplandores en la rejilla y ha percibido, además, al acercarse al confesonario, una fuerte fragancia de aromas desconocidos. El caso de Angela de Alemán es público y comentado en Segovia. Es una doncella distinguida y hermosa, muy amiga de galas y diversiones; hasta se enrubiaba el cabello. Pero un día, atraída al confesonario de fray Juan por las ponderaciones que la joven oye acerca de la santidad del Prior de los Descalzos, se siente tan impresionada por sus exhortaciones que, ante el asombro de la ciudad, que conoce su vida, cambia radicalmente de conducta. Apenas vuelve a su casa, se corta la enrubiada cabellera, se pone una toca de lienzo, se despoja de sus galas, se viste de basto sayal pardo con escapulario, como una carmelita, con manto grosero, calzas de paño blanco y zapatos toscos, y se entrega a ejercicios de oración y penitencia; ayuna a pan y agua, disciplina su cuerpo; se pasa largas horas meditando y llorando. Todo un ejemplo de virtud para la ciudad. Se sabe que es obra de fray Juan de la Cruz. Angela de Alemán baja con frecuencia a comunicar con él.

Ordinariamente le acompaña su sobrino, Antonio de Alemán, estudiante entonces en el Colegio de la Compañía. Cuando, trasladado fray Juan a Andalucía y muerto en 14 de diciembre de 1591 en Ubeda, llegue la noticia a Segovia y se celebren los funerales en el convento de las Descalzas, Angela de Alemán asistirá a ellos, llorando, inconsolable la muerte de su santo confesor, a quien había visto en vida, cuando iba a confesarse con él, lleno de resplandores y con una diadema en la cabeza.

Otra conversión, menos ruidosa, pero más complicada, realiza el Prior del Carmen por estos días. Es un hombre que se ha entregado al demonio con pacto formal, escrito con su sangre en una cédula, que entregó al diablo. Se convierte oyendo predicar al padre Juan, y va a confesarse con él. El converso está temeroso; le preocupa la cédula que entregó, y que ve imposible recuperar. Fray Juan le consuela; él se la arrancará al demonio. Y lo consigue. Un día, estando el Santo en oración, el diablo arroja con rabia la cédula al suelo, mientras dice que desde San Basilio no ha habido hombre que le hubiera hecho más guerra.

Hasta de Villacastín viene a consultarle cosas de su alma el licenciado Miguel de Valverde, cura de aquella iglesia. Cuando retorna a Villacastín, lleva la impresión de que ha estado hablando con un cortesano del cielo.

Estudiantes hay que bajan de la ciudad a aprovecharse de su magisterio espiritual. Es uno el Dr. Jerónimo de Alcalá Yáñez y Ribera, médico y literato, cuyas obras se hallan en la colección de clásicos castellanos, el cual declara al frente de su libro *Verdades para la vida cristiana*, discul-

pándose de escribir cosas ajenas a su profesión: «Y también me precio de haber tenido por maestro todo un verano al santo padre fray Juan de la Cruz, honra de los Padres Carmelitas, a cuyo convento íbamos a que nos leyese y explicase los himnos algunos condiscípulos míos, que, movidos con su ejemplo, recibieron su hábito, y yo, como inútil, hube de seguir otro modo de vida; lo más cierto por no merecer aquélla, tan aventajada en virtudes».

No creamos, sin embargo, que sólo atiende a las personas que vienen en busca de dirección espiritual. Su oficio de prior le obliga a intervenir en los más diversos asuntos. Y a todo atiende con interés y afabilidad. Así lo experimenta Juan de Viana, monedero de Segovia, y Francisco de Urueña, barbero de los Descalzos. Juan de Viana está admirado de la virtud del padre Prior, del cual afirmará que «tenía un trato muy afable y humilde y trataba a todas las personas que le hablaban con mucho amor, gracia, caridad y humildad; y en las cosas que se ofrecían a algunas personas y se le encomendaban lo hacía con grandísima voluntad y amor y las consolaba mucho».

Buen testigo es también Francisco de Urueña. Es cierto que no cobra nada por rasurar a los religiosos. Sabe que es casa pobre, que los frailes están faltos hasta de lo necesario. Pero fray Juan tiene con él atenciones y delicadezas. El barbero las recordará, agradecido, veinticinco años después. Una de ellas es convidarle a comer juntamente con su oficial; otras veces le regala prendas de vestir... Y siempre es en ocasiones y con detalles que Francisco de Urueña da por milagrosos. Un día baja a cumplir su oficio, decidido a no

quedarse a comer, porque piensa en la pobreza del convento y echa cuentas que con lo que han de gastar con él y con su oficial pueden comer dos religiosos. Sin embargo no dice nada, resuelto a poner por obra su pensamiento apenas termine de hacer su oficio. Pero en ese momento llega fray Juan de la Cruz y le invita a comer en el convento. Como si adivinara su pensamiento, le dice que no importa que la casa sea pobre; ya habrá comida para él y su oficial. «A no ser, añade, con intención y con gracia el padre Prior, que lo rehuse porque le siente mal el pescado o por no querer comer». Cuando, en 1591 fray Juan de la Cruz cese en su cargo de prior y, destinado a la provincia de Méjico, se despida de sus hijos de Segovia para marcharse a Andalucía, donde ha de preparar el viaje a Nueva España, da la coincidencia de que se encuentra en el convento Francisco de Uruña rasurando a los frailes. Fray Juan se despide cariñosamente del barbero. «¿Cuándo volverá por aquí?», le pregunta éste. Y fray Juan le responde melancólico que ya no volverá más y que no se verán si no es en el cielo.

Durante las obras del convento y para ampliación de la huerta ha sido necesaria la adquisición de un poco de terreno perteneciente a un vecino de Zamarramala, pueblecito al norte de Segovia, próximo al convento. El padre Juan se llega a Zamarramala para tratar del asunto con el propietario, que es Antón de la Bermeja, y hacer el contrato. Antón de la Bermeja es hombre bueno y piadoso, hermano terciario del Carmen. No sabe cómo obsequiar al Prior, con cuya presencia se considera tan honrado, y le ofrece un vaso de vino. Fray Juan lo rehusa, pero, ante la insistencia de

Antón, bebe un poco. El piadoso vecino guarda el vaso como una reliquia. Nadie volverá a beber de él en cerca de treinta años que llega a conservarlo.

* * *

Como no podía ser por menos, una buena parte del tiempo la dedica a la dirección de las Descalzas. Las que asistieron a la fundación el 19 de marzo de 1574 ya le conocen de vista. Entonces les llamó la atención su figura humilde, penitente y recogida, que, con el pobre hábito que llevaba, daba la impresión de un joven ermitaño. Pero no tuvieron ni tiempo ni ocasión para conocer la maravillosa eficacia de su espiritual magisterio. Ahora lo van a experimentar plenamente.

Sube todas las semanas, y cuando hay algún motivo especial o le reclaman, lo hace con más frecuencia. No está cerca el convento de las Descalzas. Tiene que atravesar el barrio de San Marcos, pasar el río Eresma, subir la cuestecilla norte, muy empinada, de la ciudad, dejando a su derecha el Alcázar; entrar por la puerta norte de la muralla y llegar, por callejuelas estrechas y pendientes, hasta cerca de la catedral en construcción. Allí está el convento fundado por la madre Teresa y por él el día de San José.

No importa que haga frío y que la nieve, como sábana tendida desde las alturas de Somosierra, lo cubra todo, borrando el caminito. Nada detiene al padre Juan el día que debe ir a confesar a las monjas; sube con su capa, blanca como la nieve, hundiendo sus pies descalzos, que van dejando una huella en la senda borrada. Uno de esos días de fuerte nevada le acompaña el padre Pablo de Santa María.

Apenas salen del convento, fray Juan pisa en un hoyo cubierto de nieve, se hunde hasta las rodillas y queda atollado. Así permanece, sin poderse mover, por algún tiempo. Cuando logra salir, su compañero le promete volver al convento para que se enjугue los pies; pero él dice que no vale la pena y continúan su camino hasta las Descalzas. Al día siguiente, el P. Prior, como consecuencia del frío que pasó entre la nieve, tiene desollados los dedos de los pies.

Toda su ilusión es promover el perfeccionamiento espiritual de sus hijas. Se lo conocen ellas hasta sin hablar. Sólo con mirarle echan de ver que «trae el corazón suspenso en Dios». Parece que todas sus preocupaciones de prior y consiliario general las deja abajo. Hasta se le olvida qué ha comido. Las monjas se lo preguntan intencionadamente, y él, esforzándose por recordarlo, dice: «Espere, ahora, espere...» y tienen que dejarlo por imposible.. A veces, como si le tiraran constantemente hacia el interior, pierde el hilo de lo que está tratando y dice a la madre Priora, María de la Encarnación: »Dígame en qué estábamos hablando». En cambio, cuando en las conversaciones, que ordinariamente son sobre Dios, se mezclan asuntos temporales, solucionados en pocas palabras, la ataja rápidamente diciendo a la Priora: «Dejemos esas baratijas y hablemos de Dios». La idea de las criaturas como cosa sin importancia al lado del Criador la había expresado ya para esas fechas en la *Subida del Monte Carmelo*: «Todas las criaturas son migajas caídas de la mesa de Dios». ¡Qué bien experimentan las monjas la verdad de aquella expresión del Padre Doria, cuando un día les decía en el locutorio: «Las palabras del

Padre fray Juan de la Cruz son como granos de pimienta, que excitan el apetito y dan calor». Las monjas leen los libros manuscritos de su santo confesor que él mismo les deja y sacan copias de ellos.

Los efectos de su espiritual magisterio son rápidos y visibles. La Priora asegura que el día que fray Juan sube a confesar a las monjas «queda la casa hecha un cielo», porque las religiosas no piensan más que en aprovechar en las virtudes. Es cierto que él no perdona sacrificio. Lo mismo atiende a una novicia que a la Priora; sube cuantas veces se lo piden, y hasta que no deja tranquila y consolada a la religiosa que le ha reclamado, no se vuelve a su convento, aunque tenga que comer tarde o sufrir otras molestias y descomodidades.

En ocasiones necesita usar de toda su paciencia y de su sabiduría mística. Mariana de la Cruz es un espíritu intuitivo. No puede discurrir en la oración y se desanima, resuelta a abandonarla, porque lo cree tiempo perdido. Comunica el caso con el padre Juan, que la entiende en seguida: no puede meditar, porque es de natural poco discursivo. Su oración ha de ser la quietud sencilla en fe. Y comienza a adoctrinarla en este ejercicio. Mariana sigue luchando; le parece que no hace nada de provecho: no siente la divina influencia. Pero no importa; fray Juan insiste; hay que mantenerse así hasta que el paladar espiritual, destemplado aún, recobre el saboreo de esa noticia sencilla, casi imperceptible. ¿No son éstos los caracteres de la noticia amorosa que tan precisamente ha descrito él en el segundo libro de la *Subida*? El caso de Mariana de la Cruz es una confirmación de

esa doctrina. Al fin, constante el Maestro en no abandonar a la monja, logra ésta percibir la influencia de Dios en aquel ejercicio y llega a ser una contemplativa auténtica.

La hermana Isabel de Jesús, hija de don Juan de Contreras, dulce novicia de trece años, es «ternísimamente» amada del santo confesor. Todo lo que oye al padre fray Juan se le graba en el alma y la impresiona vivamente. No sabemos lo que le dice en el confesionario, pero cuando sale se va a llorar sus pecados durante media hora. ¡Y es una criatura angelical! Fray Juan, que le ha demostrado que ve las intimidades de su alma, le regala las cuarenta cánones de su *Cántico Espiritual* escritas de su mano. Las monjas, que conocen su gran afecto al Santo, le dicen un día delante de él con intención si le quería mucho, a lo que ella replicó: «Yo a V. R. le quiero muy finjidísimamente», y fray Juan le dice: «¿de modo que me quiere muy finjidísimamente? Pues yo la quiero a V. C. muy de veras, porque es un alma predestinada».

Otra Isabel, apellidada de Cristo, se acusa un día de sentir demasiado algunas cosas. «Hija, le dice fray Juan, trague esos bocados amargos, que cuando más amargos fueren para ella, son más dulces para Dios.

Beatriz del Sacramento, maestra de novicias, tiene mucho miedo a la muerte. Cuando se lo dice al padre Juan, éste la tranquiliza: «No tema, que no la sentirá». Y así sucede. La madre Beatriz sobrevive a su santo confesor, que después de muerto se le aparece glorioso con el Hábito lleno de estrellas. Y un día, el 26 de diciembre, fiesta de San Juan Evangelista, estando serena y sosegada, sin sentir que se

moría, «se quedó como un ángel del cielo». Once años antes le había anunciado la Virgen en los maitines de la Asunción que «la primera monja que muriese en este convento se iría derecha al cielo», y la primera que murió fué la misma madre Beatriz.

Isabel de Santo Domingo, gran mujer, predilecta de la madre Teresa y priora muchas veces de Segovia, se decide a poner a fray Juan en guardia con relación a una persona, para que no se deje engañar de ella en cosas de espíritu. «No sea de esa manera, le replica el Santo, ni tenga malos pensamientos, que perderá la pureza del corazón. Más vale que se deje engañar».

Uno de los temas predilectos de sus pláticas y conversaciones ante las monjas es el valor del padecer. Le sale del alma. No puede disimularlo. Un día tiene que entrar en la clausura. Colgado de la pared de un claustro hay un cuadro simbólico de la pasión del Señor según la alegoría del profeta Isaías: Cristo, como un racimo, se desangra bajo el peso de la cruz, que tiene forma de viga de lagar. Fray Juan se detiene al pasar ante él; se queda contemplándolo, y, con el rostro encendido, compone una canción que expresa la impresión que le ha hecho el cuadro. Después se abraza a una gran cruz que hay en el claustro mientras pronuncia, ardiente y emocionado, unas palabras en latín. Quizás es por estos días cuando les repite, a Ana de San José sobre todo: «Hija, no quiero otra cosa sino cruz a secas, que es linda cosa».

Es el mismo lenguaje que emplea con el Señor, como nos va a referir Francisco de Yepes, que está por estos días

en Segovia. Ha venido desde Medina llamado por fray Juan de la Cruz, su hermano. Sabe o presiente éste que no se volverán a ver sobre la tierra, quizá le ha llamado previendo que va a ser destinado a Méjico, y quiere pasar unos días con «la prenda que más quiere en el mundo». Pasan juntos muchos ratos; le sienta a su lado en el refectorio, le atiende, le regala. Hablando una vez de su madre, muerta hace once años, se les aparece resplandeciente de gloria, trayendo de la mano a una de las hijas de Francisco, una sobrinita de fray Juan muerta a los cinco años.

Cuando Francisco, pasados dos o tres días con su hermano decide regresar a Medina, fray Juan le detiene: «No tengáis tanta priesa, que no sabéis cuándo nos veremos». Y le hace quedarse unos días más.

Una noche, quizá en la primavera de 1591, fray Juan, después de cenar toma de la mano a Francisco y sale con él a la huerta. Las noches primaverales segovianas en la huerta del convento son deliciosas: ambiente puro, quietud de soledad con sonoridades de aguas lejanas, olor a flores silvestres, firmamento profundo... Cuando están solos los dos hermanos, fray Juan se dispone a confiar a Francisco algo que guarda como un secreto. Conoce la santidad de su hermano: virtud heroica, extraordinarios recibos del cielo, visiones, revelaciones... Y todo en un fondo de sencillez y de naturalidad encantadoras. El padre Carro, jesuita de Medina, que le confiesa, ha hecho que «tan gran santo es Francisco de Yepes como su hermano». Ningún confidente, pues, mejor que él, por hermano y por santo. Fray Juan comienza a hablarle con sencillez.

«Quiero contaros una cosa que me sucedió con Nuestro Señor: Teníamos un crucifijo en el convento, y estando yo un día delante de él, parecióme estaría más decentemente en la iglesia, y con deseo de que no sólo los religiosos le reverenciasen, sino también los de fuera, hícelo como me había parecido. Después de tenerle en la iglesia puesto lo más decentemente que yo pude, estando un día en oración delante de él, me dijo: «Fray Juan: pídemelo lo que quisieres, que yo te lo concederé por este servicio que me has hecho». Yo le dije: *Señor, lo que quiero que me déis es trabajos que padecer por Vos, y que sea yo menospreciado y tenido en poco.* Esto pedí a Nuestro Señor, y Su Majestad lo ha trocado, de suerte que antes tengo pena de la mucha honra que me hacen tan sin merecerla».

No fué un crucifijo, como por imprecisión dice Francisco de Yepes; fué un cuadro. Aún se conserva. Es el busto del Señor con la cruz auestas pintado sobre cuero. Apenas destaca más que la faz doliente coronada de espinas. Emociona su expresión melancólica, dolorida y afable a la vez, con los labios entreabiertos, como si acabase de pronunciar las palabras que fray Juan oyó aquel día, orando ante él, en la iglesia del Carmen de Segovia.

* * *

Tres años lleva el Santo en Segovia cuando en junio de 1591 se reúne el Capítulo de la Reforma en Madrid, al cual tiene que asistir fray Juan como consiliario general.

Al salir de Segovia, la Priora de las Carmelitas le dice

que todas esperan que en el Capítulo le hagan prelado de las monjas y él la contesta: «¡Si supiese, hija, cuán diferentemente pienso yo! Hágola saber que, estando en oración encomendando a Dios los sucesos dél, me pareció que me tomaban y me arrojaban a un rincón». Así sucedió. Manifestó sus reparos a las cuestiones propuestas disintiendo de la mayoría de los capitulares, y éstos le dejan sin oficio alguno. A su confesor Gregorio de S. Angelo le dice: «no se me da nada quedarme sin oficio, que harta misericordia me ha hecho Dios de que cuidaré ahora sólo de mi alma».

El Vicario General quiere que fray Juan vuelva a Segovia como superior del convento, pero él lo rehuye y se ofrece a ir a Méjico al frente de una expedición de doce religiosos. Le aceptan el ofrecimiento y mientras se prepara el viaje al Nuevo Mundo es destinado a la Provincia de Andalucía. El Provincial, P. Antonio de Jesús, le dice que escoja el convento que más le agrade y se vaya a él, pero el Santo le responde: «Padre, yo no vengo a hacer mi voluntad ni a elegir casa. Vuestra Reverencia vea adónde quiere que vaya, y allí iré».

Antes de marchar definitivamente para allá, se llega fray Juan a Segovia a despedirse de sus amados súbditos, de las Descalzas, última comunidad por él dirigida, y de sus buenos amigos. Allí queda el viejo convento por él habitado; el nuevo que él ha comenzado y aún no terminado; la huerta por él ampliada; la estrecha cuevecita en lo alto de las peñas; el cuadro de Jesús Nazareno que le habló; el confesionario debajo de la escalera. Queda, sobre todo, su obra de santidad en aquellos templos vivos de sus religiosos y en



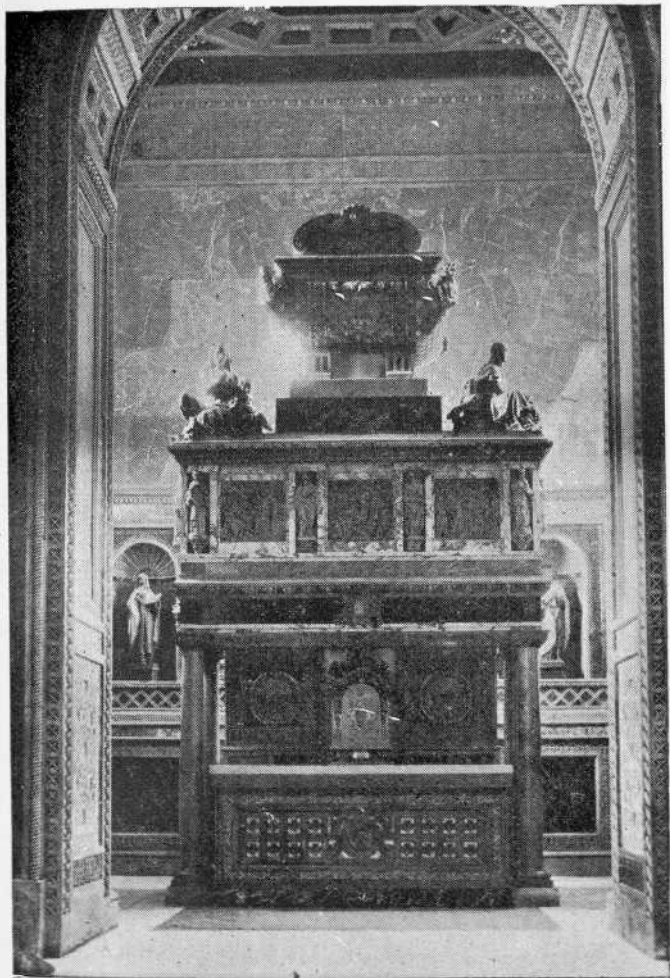
tantas almas adoctrinadas por su magisterio espiritual.

Quando se despidió de la fundadora del convento e hija suya espiritual D.^a Ana de Peñalosa, ésta le dice llorando: «Padre, ¿cómo se va y me deja?», y el Santo la contesta proféticamente: «Hija, no tenga pena, que ella enviará por mí y me traerá».

Las palabras de fray Juan se cumplirán exactamente, pero no en vida. Cinco meses después muere en Ubeda (Jaén), y D.^a Ana consigue de los Superiores Generales de la Reforma que el santo cuerpo de su confesor sea trasladado a su convento de Segovia, a donde llega ocultamente en Mayo de 1593, despidiendo tal aroma celestial, que se hace pública su llegada en toda la ciudad.

Enterrado en la iglesia antigua de los Trinitarios hasta que se concluyó la nueva en 1606, fué trasladado a ésta y depositado en la capilla del Carmen que era, más reducida, la actual de su sepulcro. Desde su beatificación en 1675 estuvo sucesivamente colocado y puesto a la veneración en diferentes sarcófagos y urnas, que la ferviente devoción de sus hijos y de los fieles, entre ellos la familia real, le ofrecían cada vez más valiosos y artísticos. Un gran sepulcro en mármoles de Carrara le hicieron los mismos artífices de las fuentes y palacio de La Granja, en el que estuvo hasta que se le colocó en el mausoleo actual en 1927, uno de los mejores sepulcros religiosos que existen. Fueron costeados, sepulcro y camarín, por suscripción popular y ejecutados en Madrid en los talleres de D. Félix Granda, con la colaboración de los laureados escultores Capuz, Adsuara y Vicent. Aquí se venera incorrupto el santo cuerpo envuelto

en una mantilla de seda, obsequio de Isabel II, pero sin las piernas ni brazos, que la piedad de siglos pasados repartió como reliquias.



Capilla y sepulcro de S. Juan de la C., obra de los artistas Granda, Capuz, Adsuara y Vicent (V. pág. 35)



Cueva en que oraba el Santo, convertida en oratorio, con retablo y altar de mármol blanco, hechos en 1891 con motivo del tercer centenario de su muerte (V. pág. 15 y 43). A su lado reposan los religiosos que mueren en este convento.

LOS CARMELITAS EN SEGOVIA

El Carmelo en Segovia nació vigoroso y fecundo con Santa Teresa y San Juan de la Cruz el 19 de marzo de 1574, como hemos visto. Ninguna otra noticia anterior nos da la historia, pues los Carmelitas Calzados se establecieron en la ciudad poco después.

Desde aquel día la Orden de la Virgen vive aquí pujante en perenne servicio de Dios y provecho de su Iglesia en sus dos conventos: de monjas fundado por Santa Teresa y de frailes fundado por San Juan de la Cruz.

En aquél son muchas las fervorosas religiosas que han brillado por sus virtudes desde su primera priora la Venerable Isabel de Santo Domingo que gobernó la Comunidad durante 16 años, mujer extraordinaria en santidad y talento, de quien dijo la Doctora Mística que no era inferior a Santa Catalina de Sena.

En el de frailes ha sido realidad el gozo y pronóstico del Santo cuando, edificándose el convento actual, se alegraba, según declaran testigos de vista, de verlo crecer porque decía que en él se serviría mucho a Dios y porque sería seminario de virtudes y letras. Así lo ha sido durante los casi cuatro siglos que han transcurrido desde su fundación, ya que ha estado siempre destinado a casa de formación de jóvenes carmelitas y por lo tanto siempre ha contado con

una comunidad numerosa y con religiosos de los más competentes y ejemplares de la Provincia de Castilla.

Durante los dos primeros años (1586-88) fué noviciado inaugurado por siete jóvenes estudiantes que habían tomado el hábito en Salamanca, entre los cuales se encontraban dos primos: Fr. Alonso de la Madre de Dios y Fr. Antonio de Jesús, que después serían insignes Priors de este mismo convento. En los tres años siguientes quedó constituido en primera curia generalicia de la Reforma Teresiana.

Desde 1594 fué colegio de Artes (filósofos) hasta 1646 en que, trasladado éste a Avila, se estableció en Segovia el de Moral y Derecho que subsistió hasta la exclaustación de 1835, si exceptuamos los cuatro o cinco años de la invasión napoleónica, durante la cual el colegio se refugió en el Padrón. Unos años después de restaurada la Orden en España, a continuación de un curso de 15 profesos venidos de Lareña, volvieron los teólogos (1884) a Segovia hasta 1894 en que quedó destinado a su servicio actual de noviciado para Castilla con una primera promoción de 20 novicios.

La Orden tuvo siempre interés en poner al frente del convento religiosos eminentes que lo hicieran realmente seminario de virtudes y letras. Por eso de los 120 Priors que han gobernado la Comunidad (algunos durante varios trienios), muchos han desempeñado las primeras prelacías de la Orden o de la Provincia, pues 26 han sido Provinciales (algunos hasta tres y cuatro veces), 19 fueron Definidores Generales, algunos Procuradores Generales en Roma y 6 Prepósitos Generales, de los cuales uno lo fué dos sexenios y otro fué elegido siendo simple súbdito de esta casa. Un

Prior, Pedro de la Madre de Dios, estuvo electo obispo de Avila (1628).

Fueron notables, entre otros, por sus virtudes el joven corista Luis de Jesús, hijo de D. Luis de Toledo, pariente del Duque de Alba y señor de Mancera, que entró en la Orden, juntamente con su criado, y murió en olor de santidad en 1598 cursando aquí artes. El P. José de la Encarnación que predijo en perfecto estado de salud el momento de su muerte (1599). Cuatro mártires de la caridad que dieron su vida en 1599 por asistir a los apestados de la ciudad. Los dos primeros novicios, ya mencionados, Padre Alonso el Asturicense y P. Antonio de Jesús, éste llamado el Santo, que fué también Prior de Batuecas y Rector de Salamanca, donde murió, y aquel morador muchos años de este convento y devotísimo de la Virgen, quien le avisó su próxima muerte (1636). El H.^o Antonio del Santísimo Sacramento, llamado el ciego por haberlo estado 36 años, que murió en olor de santidad en 1652; asistiendo a unos maitines de fiesta de la Virgen, vió a Ntra. Señora que iba por todos los religiosos como recibiendo sus alabanzas; otro día orando ante un cuadro de Cristo atado a la columna al principio de su ceguera y quejándose de ella, se le abrieron de repente los ojos y contempló al Señor tan llagado que se le quitó el deseo de ver y volvió a quedar ciego.

El insigne P. Felipe de Jesús (1610), que fué dos veces Definidor General, tres veces Provincial de Castilla la Vieja y dos Prior de este convento, donde siéndolo vió con otros dos religiosos que uno de sus súbditos después de muerto fué durante quince días el primero a todos los actos de coro.

El fervoroso P. Juan Crisóstomo que, siendo Prior en 1652, tenía la piadosa costumbre de repetir, cuando pasaba delante del mencionado Cristo a la columna, las palabras de Job: «noli me condemnare» (no quieras condenarme), a lo que un día le contestó el Señor: «non te condemnabo» (no te condenaré). P. Gaspar de Jesús, venerable y fiel custodio de este santuario durante la exclaustración del siglo XIX, a quien debe la Orden su posesión y permanencia en él.

En el siglo actual el P. Alberto de San José, columna de observancia por haber sido Prior de esta casa siete veces; el P. Narciso de San José, ejemplarísimo religioso que vivió aquí 26 años, habiendo sido Provincial dos veces, Definidor, Maestro de novicios y Prior de éste y de casi todos los conventos de la Provincia en España y en Cuba. Por último, el más célebre por sus virtudes P. Balbino del Carmelo, muerto en olor de santidad en 1934 en Avila, que fué en Segovia durante 15 años Maestro de Novicios, venerado por sus virtudes tanto dentro como fuera del claustro, cuyo proceso de beatificación se trabaja.

Dignos de mención por su ciencia o escritos son muchos de los que regentaron en este colegio las cátedras de Filosofía y Moral. Es el más insigne el P. Antonio de la Madre de Dios que, siendo aquí lector de artes, escribió el Curso Complutense de Filosofía en cuatro volúmenes y después en Salamanca los tres primeros grandes volúmenes del Curso Salmaticense Dogmático. Fueron también lectores en Segovia los autores del Curso Salmaticense Moral en seis gruesos tomos tantas veces reeditados.

Benemérito historiador fué el ya elogiado P. Alonso de

la Madre de Dios, muy devoto de San Juan de la Cruz, de quien tuvo la dicha de ser abrazado cariñosamente siendo novicio y del que fué primer biógrafo y procurador de su causa de beatificación, el cual escribió además varias obras sobre historia carmelitana y sobre la Stma. Virgen.

Célebre como historiador segoviano fué el P. Francisco de San Marcos, a cuyo nombre van unidas las más auténticas glorias de la ciudad. Escribió la hasta ahora más completa «Historia de Nuestra Señora de la Fuencisla» (1692), reeditada modernamente (1915); imprimió a nombre de otro las siguientes obras: «Historia de Nuestra Señora del Henar» (1697) a nombre de Gregorio Baca de Haro; «Historia de Nuestra Señora de Hornoez»; y «Vida de San Jeroteo, obispo de Segovia» que la publicó a nombre suyo en 1693, Francisco Rodríguez de Neiva, ligeramente modificada, hecho indudable por conservarse aún el autógrafo del Padre Francisco, que dejó manuscritos cerca de ochenta volúmenes.

Junto a este escritor de la excelsa Patrona de Segovia merece también recuerdo Fr. Pedro de la Visitación, que dirigió las obras de construcción de la artística sacristía actual de su santuario terminada en 1709.

No es menos digno de recuerdo el P. Manuel de Santa María, archivero muchos años de este convento y de la Provincia, que tanto trabajó en preparar las ediciones críticas de los escritos de Santa Teresa y San Juan de la Cruz en el siglo XVIII, dejando material abundantísimo utilizado para las ediciones hechas en el presente siglo por los PP. Silverio y Gerardo.

Es también dato singular haberse publicado en este convento la primera revista de la Orden, titulada «San Juan de la Cruz», que salió durante seis años con motivo del centenario de la muerte del Místico Doctor (1891). En esta ocasión comenzó a trabajarse seriamente el estudio y trámites sobre el doctorado místico del Santo hasta su declaración pontificia en 1926, en cuyo éxito tuvo gran parte el clero segoviano y principalmente su obispo D. Manuel de Castro, terciario carmelita y amigo sincero del Carmelo. Coincidiendo con el doctorado e inauguración del nuevo sepulcro se celebraron solemnísimamente las fiestas del segundo centenario de su canonización.

Agraciados los carmelitas en custodiar los venerandos restos y recuerdos de su gran Padre y Maestro, se han emulado constantemente por imitarle como sabio y como santo en el trabajo diario de la virtud y de la ciencia. Solamente durante los cinco fatídicos años de la invasión francesa y los cuarenta de la exclaustración se interrumpió la vida carmelitana en este convento del Santo. Sus religiosos, siempre interesados en conservarlo dignamente, lo han ido reparando y mejorando.

El devoto y monástico claustro central, que era de techo plano y sus muros abiertos en arco al jardín, fué restaurado poniéndole bóveda en 1661 y cerrando todos sus arcos con piedra de sillería hacia 1686. Los PP. Juan del Espíritu Santo y Juan Bautista, Generales de la Orden, siendo Priors del convento varias veces, lo enriquecieron con tantas pinturas de santos y venerables carmelitas que en su tiempo se le tenía por el mejor decorado de la Orden en

España. En 1630 el P. Juan del E. S. encargó a Gregorio Hernández una escultura del Santo para cuando fuera beatificado e hizo sacar un retrato del mismo. Sobre todo se esmeraron en ampliar y mejorar la capilla de su sepulcro hasta dejarla en su forma actual. En 1676 hicieron una amplia ermita, sobre la cuevecita de las peñas en que solía orar el Santo (1).

Durante la dominación de Napoleón los franceses saquearon el convento y quemaron todos los altares y retablos de la iglesia y capillas, que fueron después hechos de nuevo, así como la cajonería de la sacristía, por los Priors inmediatos. Los sagrados restos del Santo se pusieron a salvo subiéndolos a la ciudad y guardándolos en el convento de MM. Carmelitas.

La admiración y veneración mundial a San Juan de la Cruz como sabio, santo y poeta, es cada día mayor y más profunda, lo que hace que sea continuamente visitado su sepulcro por gentes de todos los países y sea esto un estímulo para seguir custodiando con interés creciente su santuario. No solo lo viene haciendo así la Comunidad, sino toda la Orden por medio de sus Superiores Generales, quienes en 1957 hicieron decorar de nuevo toda la capilla y completaron el camarín del sepulcro con una verja hecha en los talleres Granda y con preciosos mármoles rojos.

(1) Otra ermita más pequeña que corona lo alto de las peñas grajeras, atribuida a San Juan de la Cruz con su ciprés, no consta que existiera antes de 1600, año en que se hizo allí una ermita por 300 ducados. La actual es posterior. Sólo consta que cuando el Santo compró aquellas peñas había allí una gran cruz.

Es realmente esto un santuario no solamente santificado por la presencia del Doctor Místico, sino también por otros dos santos fundadores: San Juan de la Mata y San Antonio María Claret. El primero, porque, como hemos dicho, había fundado aquí o al menos visitado su convento de Trinitarios sobre el cual hizo éste San Juan de la Cruz, y el segundo, porque estuvo en él intentando adquirirlo para su nueva congregación.

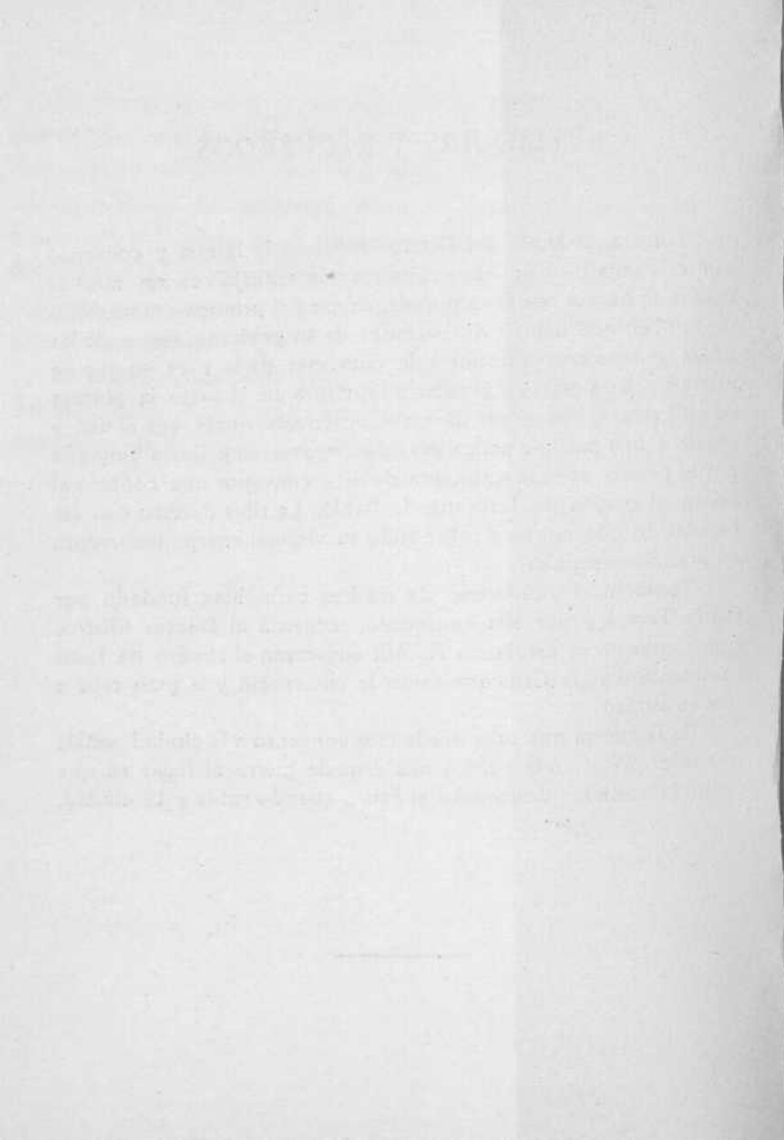
Es además santuario de la Sma. Virgen del Carmen y del milagroso Niño Jesús de Praga, devociones tan extendidas por toda la provincia segoviana.

RELIQUIAS Y RECUERDOS

Todo aquí habla del Doctor Místico: la iglesia y convento por él fundados y en cuya construcción trabajó con sus mismas manos, la huerta por él comprada, ruinas del primitivo monasterio de 1207 en que habitó, documentos de su gobierno, restos de las urnas y sepulcros anteriores, la cuevecita de la roca en que se escondía para orar, su primitiva sepultura en el suelo, la pintura de su retrato, una copia de su «Cántico espiritual» que él usó y regaló a una persona amiga suya de Segovia, su primera biografía por el primer novicio carmelita de este convento que conoció al Santo, el cuadro de Jesús que le habló. La tibia derecha con las heridas de que murió, y sobre todo su virginal cuerpo incorrupto en grandioso sepulcro.

También el monasterio de madres carmelitas, fundado por Santa Teresa y por ella santificado, recuerda al Doctor Místico que tantas veces estuvo en él. Allí conservan el cuadro de Jesús caminando con la Cruz que tanto le enterneció y la gran cruz a que se abrazó.

En la cuesta que sube desde este convento a la ciudad señala una inscripción en la peña y una cruz de hierro el lugar en que según la tradición descansaba el Santo cuando subía a la ciudad.



OBRAS DE ARTE

Además de la escultura del Santo por Gregorio Hernández hay cuatro preciosas imágenes policromadas del mismo escultor que representan a la Virgen María, San José, San Joaquín y Santa Ana en graciosa escena nazaretana. Una escultura del carmelita San Franco de Sena, obra de Mena. El grupo del altar mayor con la Virgen del Carmen entregando el escapulario a San Simón en su camarín inundado de luz natural es de muy buena imaginería del siglo XVIII y causa gratísima y devota impresión a los visitantes.

En el crucero de la iglesia están los sepulcros de los fundadores y patronos del convento don Juan de Guevara y su mujer doña Ana de Peñalosa, a quien el Santo dedicó su «Llama de amor viva».

En el altar del Niño Jesús de Praga la encantadora imagen del Divino Infante, obra del insigne artista Font.